

MARÍA MORENO

Dora Bovary
(El imaginario sexual en la generación del 80)

Madame Bovary se aburre. ¿Cuántas páginas faltan para que el charlatán de Flaubert le presente a Rodolphe? Ya está harta del platonismo meloso de un León y de un Charles que la pone en un pedestal aunque ella se encuentre exactamente sobre un canapé. ¿Y esa viscera que late a la izquierda por debajo del corset? ¿Cómo es posible que la sienta en medio de la cabeza? Si hasta cree que se le ha desordenado alguna cinta. ¡Y con esta jaqueca! El señor Flaubert no escribe esta mañana más que una carta furiosa a Louise Colet: "¿Sabes lo que se vende más cada año? ¡*L'amour conjugal!*" Un tal Venette asegura que las mujeres son más lascivas que los hombres, enseña a éstas a regular sus movimientos amorosos y a los hombres a tratar a sus esposas como a sus queridas. Pero Madame Bovary tiene prohibido leer esos libros afrodisiacos-científicos que Flaubert califica de "productos ineptos".

Madame Bovary se suicidará sin defensa: esa pasión, ese fuego del cuerpo y del alma que suele despertar junto al cabezal de la cama la sombra del amante no tiene aún palabras para decirlo.

Michelet explica el adulterio en la abundancia y el exceso de la naturaleza femenina pero lo reprueba con un respingo de sotana. Dicen que en Rusia un tal Chernyshevsky ha propuesto un *ménage à trois* donde el marido consiente comprendiendo la superioridad amorosa de la mujer. La novela se llama *Quien tiene la culpa* y ha sido escrita en 1846 pero Rusia queda lejos y en todo caso Flaubert se la hubiera ocultado.

Madame Bovary morirá sin saber que León Blum aconseja para cada mujer casada un segundo proveedor de esperma, a riesgo de enfermar debido a las

toxinas emitidas por sus genitales, que el doctor Binet-Sanglé sólo ha encontrado la virtud en mujeres con un sistema nervioso poco desarrollado —las llama “degeneradas”— que Marcel Prévost justifica el pecado de la esposa que pasa de la gran comilona de la luna de miel al mendrugo de lo que viene.

Veinte años más tarde, en un artículo titulado “Sobre una degradación general de la vida erótica” Sigmund Freud dirá que, siendo la sexualidad interdicta en la mujer hasta el momento de su boda, algo de esta interdicción queda ligado a su vida erótica. En su mente se funden en abrazo apasionado goce y prohibición ¡Según Freud el adulterio femenino sería constitucional!

Leer en el imaginario sexual desde las primeras críticas feministas latinoamericanas parecía constituir un plus para las lecturas dominantes, una creación de catálogos de “rasgos”, una sucursal de la justicia. Hoy los trabajos de Francine Masiello, Jorge Salessi, Josefina Ludmer, Sylvia Molloy, Hugo Vezzetti (son los que conozco parcialmente) que juegan en los cruces de un objeto que relaciona cánones de clase, género, raza, modelo, posición sexual, modelo psicopatológico, muestran que esos registros no constituyen regionales ideológicas sino que son tanto efectos de la política como el sustento de su construcción. Tomé diversos textos —novelas, balances de instituciones, ensayos de psicopatología— haciendo patentes ciertas ausencias y volviendo algunas presencias inexplicables. La noción de “fin de siglo” puede encubrir algunos deslizamientos cronológicos hacia atrás y hacia adelante (no parece grave, nada más estático que un imaginario sexual-nacional). Hubo lecturas tardías pero a las que la codicia no me hizo renunciar del todo, no me ocupé de las excepciones ni mencioné todos los textos —al menos los conocidos—hermanos de los recorridos. El resultado es un Frankenstein del que no me arrepiento del todo: remedo de un paper, omnubilación teórica, ocurrencias periodísticas, resistencia consciente o inconsciente a “dar mis pruebas”. Trabajando de este modo y sin querer dediqué un homenaje a ciertas “craneotecas” de la ciencia que con mayor o menor felicidad o levantamiento de generaciones venideras hicieron evidente que en el origen de toda teoría o crítica está ese cimarrón paradójicamente ordenado: el espectáculo multimedia de la propia neurosis.

En el imaginario sexual (les ruego leer heterosexual) que se lee en los textos del 80 hay no reconocimiento de la diferencia. Y podría desplegarse en una serie de creencias cristalizadas, a menudo antagónicas.

La mujer es insaciable (goza de lo mismo pero sin límites). La mujer es interesada (no goza, quiere obtener favores). La mujer finge (no goza). Figuras que tienen su correlato en las siguientes estrategias: identificarse a la figura de

Don Juan (si es insaciable hay que “madrugarla” y meterla a ella en una serie antes de descubrir la propia cabeza adornada) o anticiparse al propio relevo con el tedio.

Insaciabilidad, ambición, avaricia: los excesos del otro

La sorpresa ante un goce que se creía narcotizado por la pasividad y el sabor de la hostia y que, desde hacía un tiempo, era el blanco de profesionales y agentes de moral, es traducido como insaciabilidad.

Eugenio Cambaceres describe así la voluptuosidad de la amante del protagonista de *Sin rumbo*: “Era un fuego, tirante en la cama, encendido el rostro, los ojos entrecerrados, afanoso y corto el resuello, abandonada a las caricias locas de su amante, su boca entreabierta y seca, la comba erizada de su pecho, su cuerpo todo entero. —Más. . . —murmuraba agitada, palpitante, como palpitan las hojas sacudidas por el viento—. Más. . . repetía con voz trémula y ahogada. Te amo, te adoro. . . Más —ávida, sedienta, insaciable aún en los espasmos supremos del amor” (pp.176-177). Blanca, la coqueta de *La gran aldea* de Lucio V. López se retuerce de ardor en la cama de un viejo. María, la adúltera de *Pot Pourri* de Eugenio Cambaceres siente la excitación perpetua en el seno de un matrimonio que se prolonga y estanca como el agua de un zanjón.

La vagina centripeta, la fuerza sexual como debilidad para la caída, la regeneración espontánea del deseo saciado: la sexualidad femenina según los señoritos del ochenta los convierte en los machos pequeños, veloces y comedidos que el naturalista comprueba sacrificados por la mantis religiosa. ¿Cómo combatir esa gula sexual? “No ame a nadie ni desee ser amado extremadamente porque este género de amor sólo a Dios se le debe” recomienda un manual homeado en la imprenta de los niños expósitos allá por 1812 y titulado *El Catón Cristiano*. La economía divina hace de Dios un capitalista. ¿Socializar el amor a Dios? Cosa de ateos. Por otra parte la mayoría de los teólogos de la sociedad antigua han llamado “adulterio” a todo exceso de pasión, aún entre esposos. Siendo la mujer ese ser privilegiado del deseo, es adúltera más allá del adulterio. Años más tarde del *Catón Cristiano*, un tratado de las obligaciones del hombre afirma que éste no ha nacido para divertirse sino para ocuparse útilmente. Gozar es perder dinero no sólo porque la mujer —esposa, amante, prostituta— se paga con “líquido” en el quilombo, con regalitos en la

garçonnière y con el bienestar al trote del consumo en el hogar conyugal sino porque el cuerpo del placer escapa a la producción. Y si el burgués adúltero paga dos veces, la burguesa cobra dentro y fuera de casa. La Amorini, Blanca, la condesa de Gómez —personajes literarios del ochenta— cuestan por lo menos unos litros de champagne, una sortija o una comida en el Aguila. Sólo Dorotea, la inmigrante de *Inocentes o Culpables* de Argerich debe poner a disposición de su amante, el mayor Paz, la cama conyugal. Réplica en negativo y parodia de la invasión inmigratoria al puerto de la ciudad: la cámara de reproducción de un fondero italiano es tomada como una plaza por un miembro del ejército argentino. Los genes pequeñoburgueses que recorren el espermatozoide del capitán equivalen al dinero y no es extraño que a éste se le llame “líquido”.

Pero pagar sería también poner un límite imaginario al supuestamente ilimitado goce femenino. Se paga para no tener que satisfacer, para evitar el horror de ser deseado y quedar cautivo en un régimen de trabajos forzados, insostenible hasta el punto de que sólo cabe salir de allí convertido en comudo. Blanca, Dorotea y María son “interesadas”. No se trata de un reflejo literario de la condición dependiente de las mujeres en la sociedad sino de un ardid del imaginario viril. Si ellas sólo quieren dinero, dándoselo se puede escapar a una succión fatal. Como quien dice “pago para no tener que trabajar”.

La ambición del inmigrante en cambio es atacada desde cierto espiritualismo donde el dinero y el ascenso social como en el caso de Genaro Piazza, el arribista de *En la sangre* o de los ejemplos psicoliterarios del doctor Ramos Mejía pueden llevar a la locura. En *Los simuladores de talento* este último autor delira: “He conocido a un judío llamado Moisés T cuya historia se conserva en el antiguo Hospicio y que, afectado de una manía, incoherente y aún perdido en su delirio polimorfo, conservaba, sin embargo, ese claro sentimiento de la usura, sus aptitudes rapaces siempre vigilantes alicadas al menudo comercio que practicaba. Extraviado en las místicas alucinaciones damnatorias de su locura religiosa, entonaba salmos y cánticos; no comía por orar y las cosas habían perdido sus formas y calidades usuales. Pero cuando yo entraba en su celda con una alhaja de valor en la mano simulando una imperiosa situación que me obligaba a venderla, el rapaz instinto se superponía, la figura de Moisés se iluminaba con extraños destellos de salud y en la misma entonación del salmo que acababa de interrumpir, casi mecánicamente fijaba con exactitud el valor de la prenda, clasificaba los kilates o las aguas y luego tomaba de nuevo el hilo extravagante de su delirio” (p. 164). Moisés T es descripto como un óvulo fecundado cuya voracidad evoca tanto la insaciabilidad

femenina como la infección inmigratoria en el cuerpo social. Existe un correlato entre la imaginación y la ambición que en las mujeres lleva al adulterio, en los inmigrantes a la locura, en los homosexuales es la locura misma.

Y si la mujer es interesada, razona el escritor ochentista, es porque su amor es fingido. Sólo que ¿cómo saberlo? La bella que se retuerce como una culebra bajo los dedos de su amante, la que da vuelta los ojos como la Santa Teresa de Bernini hacia el cielo de la *garçonnière*, ¿es una actriz o una máquina de goce? Aún Wilhem Reich no vivía como para medir las convulsiones orgásmicas traduciéndolas en eléctricos gráficos empresariales (y al hacerlo descubriría a la multiorgásmica hembra humana). Entre la mujer insaciable y la que no ofrece prueba alguna de su goce, el imaginario de los señoritos del ochenta se tranquiliza con esta última. Su sueño: encontrar a la mujer que haga su parte en la burla sexual sin hacer mezclas impropias como la del amor y el contrato, la del deseo y el amor. Si fingir es hacer teatro, los señoritos, a través de sus personajes femeninos encontrarán una síntesis en la *primmadonna*, la actriz, la cómica. La Amorini de *Sin rumbo*, La Margarita de quien José Dagiore recuerda “ese brazo, ese seno, esa pierna” en la novela *En la sangre* de Cambaceres, son todas hijas de Naná. La *primmadonna* es una transacción entre la mujer artificial, la que interpreta la pasión mediante un abanico de técnicas adquiridas y la mujer “natural”. ¿Acaso no se dice que artista se nace? Es también una transacción entre la burguesa y la cocotte, ya que en ella la pasión fingida ha sido sublimada en el arte sin perder el halo de pecado que da la exhibición, el nomadismo y el asedio de los gavilanes. La *primmadonna* es la extranjera que viene al país por lo alto del teatro y no por lo bajo de la inmigración. Se la preferirá a aquella cuyo goce se ignora y del que se puede ser víctima, pero a quien se pone del lado de la represión. Escribe Eugenio Cambaceres en *Música sentimental*: “Es que el brillo de la que se ve, de su teatro, su orgía pueden más en una cabeza de veinte años que la posesión arrobadora, pero ignorada y oscura de la virgen o de la matrona que se da toda entera en un abrazo pero que se da sólo envuelta entre las sombras del silencio” (p. 100).

Cuando el fingir pasa al campo de la ciencia y es atribuido a los varones se traduce en simular. “Simulación” es la palabra escrita que más insiste del ochenta al noventa. En la novela es el anatema que se lanza hacia el *parvenu*, el actor político, el inmigrante que no permanece en su punto medio —ganar para vivir— y ambiciona la propiedad del boliche, un ahorro invertible en la promoción de los hijos que podrían reparar con el estudio universitario la

ilegitimidad del origen. En el correlato médico —el de Ramos Mejía, más tarde el de José Ingenieros— preocupa la simulación de los delinquentes que desean eludir la cárcel a través del hospicio, querella y complicidad entre el poder médico y el policial, el Estado y el médico puesto a estadista.

No siempre se moraliza sobre la simulación. En *La neurosis de los hombres célebres* de Ramos Mejía la simulación se traduce en atemperanza de las pasiones: el éxito del genio se garantiza en una mensura temprana, una suerte de ahorro que precede al ejercicio del poder.

Lejos de constituir un reprochable tropiezo ético, cuando la simulación es ejercida por el médico se convierte en estrategia en beneficio de la salud. Lucio Meléndez, director del Hospicio de las Mercedes, cuenta el caso de un delirante espiritista ante quien un enfermero fingió ser un espíritu comunicativo “provocándolo” la cura —según Ramos Mejía— a través de una vergüenza que le hizo mágicamente reprimir el síntoma. De hecho toda la cura en el Hospicio de las Mercedes consiste en simular ante el enfermo ciertas conductas —firmeza, amenaza, sistema de premio y castigo— con el objetivo de hacerle reprimir la locura, es decir fingirse cuerdo.

Encierro y explotación: los usos del otro

Para el utilitarismo positivista la consigna “administración” se traduce en mensura, orientación correcta de las pasiones y rendimiento productivo. El manicomio es una gran fábrica con salario invisible. La moral del trabajo es la prescripción que en el loco inmigrante ocupa el lugar de la cura. Su ganancia, tras las paredes del Hospicio se traduce en ahorro para el Estado. El informe enviado por el Hospicio de las Mercedes a través de su director Domingo Cabred a la Sociedad de Beneficencia en 1890 se reduce a cifras contables que se logran a la luz de un aforismo: el trabajo es salud. Escobas, escobillas, ataúdes, sábanas, cestas —según el informe de Cabred, quizás menos un balance que la retórica de su utopía— se liorean en los talleres en un catálogo anti-Fourier que no evita que, de cuando en cuando, la fuerza de trabajo sea reducida por las descargas de electricidad y la aplicación de duchas frías y calientes. Las escobas, escobillas y sábanas proveen al hospital Rawson y al San Roque, los ataúdes a la Asistencia Pública. A cambio el Hospicio recibe, para surtir su flamante laboratorio de Anatomía Patológica, fetos del Hospital Rawson y del Rivadavia, niños muertos de la Casa de Expósitos, embriones

anormales de la Maternidad Sardá, pero también cuerpos de las propias dependencias, por ejemplo un idiota y un paranoico crónico a quienes se les practica respectivamente cortes verticales y horizontales de los hemisferios cerebrales y de los ganglios infracorticales. En el informe de Cabred puede conjeturarse que, a tono con cada movimiento del Estado tutor y los avatares espaciales de la política roquista, los locos agrandan los jardines o los edificios fingiendo las tendencias que depositan el ideal de salud ora en la ciudad, ora en el campo. Cada obrero recibe diez centavos por día, ínfimo porcentaje de la cifra que el doctor Cabred consigna en el informe de cada taller, en calidad de “ahorro de mano de obra externa y de sueldos no percibidos por la mano de obra interna”. El refinamiento de la organización manicomial hace que cada paciente provea o mantenga en buen estado para el hospital los instrumentos represivos: chalecos de fuerza y uniformes, llaves y cerrojos, duchas y equipos eléctricos. El sistema de entradas y salidas relativamente fluidas en un grupo y de cronificación en otro hacen imposible la formación de un peculio en el primero y el cobro de éste en el segundo. En caso de muerte el peculio es heredado por el hospital. El interno de las Mercedes ahorra al Estado como la mujer del obrero al marido en la visión de Bialek Maset. Cabred es, en una sociedad obsesionada por la economía el escriba de la desaparición del otro. Los números de sus balances funcionan como tropos para el Estado a quien se persuade que invertir en un encierro clasificado es ahorrar. El biógrafo Moisés Malamud sintetiza el razonamiento de Cabred en una carta dirigida al estado a fin de tirar la manga para la creación de un hospital de tuberculosos: “La enfermedad —decía— se ensaña especialmente en la clase obrera que constituye la tercera parte de la población general. El país pierde no menos de 4 333 trabajadores cada año lo que, económicamente representa un valor de \$7.444 333. Frente a esta pérdida prevé minuciosamente las sumas que habrían de insumir la construcción anual de 1500 camas para asistencia de tuberculosos, la instalación y sostenimiento de 6 dispensarios, también cada año, y el subsidio a 500 familias de enfermos de ese mal y que de acuerdo a sus cálculos sería de \$ 6 704 545, para deducir como resultado una ganancia incalculable de vidas para el país y de pesos para su economía de producción” (p.81).

Las internas del Hospital de Enajenadas hacen labores de aguja para ellas y para el ejército y cobran en especias como los obreros de peor condición: vestiditos, yerba o cigarrillos. Infancia dentro de la infancia, se explica que el doctor Esteves, director del establecimiento —él también eleva un informe a Beneficencia— revele su obsesión por el buen estado de su máquina para hacer

hielo, cuyas ventajas las damas podrían observar en alguna visita —promete Esteves— gozando de una limonada-party donde locas de diverso diagnóstico sorberían refresco casero, chuparían hielo amarillo o bolas de helado sostenidas por barquillos provistos por la panadería de la institución.

Si locos y locas viven en estado de infancia permanente es porque los niños no están en su lugar.

El relevo de las madres y el aborto viril

Como a la figura de Don Juan, a quien se describe con rasgos físicos femeninos, los autores del ochenta suelen identificarse a la mujer diseñada por su teoría erótica. Una noche el Andrés de Cambaceres ve con sus binoculares en el *avant-scène* de un teatro de El Cairo a una de las mujeres del Khedive: "Era joven, alta, blanca, de ojos negros, en el pelo, en el cuello, en las orejas llevaba gruesas piedras de brillantes y de la majestad serena y suave de su rostro parecía irradiar como una luz de luna. Quién sabe si la dicha si dicha había en vivir, no estaba allí" (p.198). Un elogio de la poligamia oriental precedía la evocación, el ensalce de aquellas que "tenían dueño", un amo encargado de protegerlas ¿Una vez más hacer desaparecer a La Mujer, multiplicándola o deseo inconfeso de tener un dueño en quien recostar la frente ennegrecida por Schopenhauer? O si no ¿qué pensar de este sueño que aparece en *Música sentimental*: "Hacer uno solo de dos, mezclar su vida con la de ella, absorberla toda entera en un dominio supremo y ser él, el que sintiera su parte de deleites, duplicando así la suya" (p.148). Si Cambaceres tal vez ignora la ambigüedad de sus propias palabras, en otros párrafos de *Sin rumbo* cede al fantasma de sustitución de la mujer como madre. Tanto Donata, la china seducida —huérfana de madre, fue criada por su padre— y la hija que ésta tuvo con Andrés son "hijas de Hombre". Andrea no sólo hereda la cifra Andros que hay en el nombre de Andrés, ya desde el nacimiento Andrés desea relevar a la madre y cuida a su hija como tal, es decir a través de los quehaceres que adjudica al rol maternal el binarismo de época. También el viejo Ramón —viejo sirviente personaje de *La gran aldea*— vela la cuna de la suya cuando la madre sale para volver según Lucio V. López: "llena y tibia aún con los vapores del mundo en que vivía después de librar la batalla del lujo en la feria de las vanidades" (p.144).

Para Eduardo Wilde las uniones ilegítimas producen más mujeres que varones. "Las malas costumbres y los hábitos disolutos engendran frutos de pecado hembras" escribe. Dos niñas en *Sin rumbo* y *La gran aldea* "pagan" con la muerte el pecado de los padres. Pecado de lujuria cometido en ranchos y *ganconieres* a lo largo de una vida de despilfarros —talento, dinero, esperma— y de uniones ilegítimas —el señorito y la china en *Sin rumbo*—; pecado de adulterio, indiferencia maternal y casamiento por interés —el viejo Ramón y la joven Blanca en *La gran aldea*—; pecado de mezcla entre amor y deseo —el cliente Pablo se enamora de la prostituta Lulú—, entre comercio y amor libre —la prostituta Lulú se enamora del cliente Pablo— que termina con un aborto en *Música sentimental*. ¿Sería una niña amigo Wilde?

Si en el ochenta la ilegitimidad de una unión puede empezar con un contrato de matrimonio "liberal", la muerte del niño parece ley. Un niño vivo asiste a la pelea entre el palurdo Genaro y la damita Máxima protagonistas de *En la sangre* de Eugenio Cambaceres. Sin embargo, en el primer capítulo de la novela se narra la muerte de Genaro, debida a "un vicio orgánico". De generación en generación la sífilis hará su trabajo: en lugar del niño muerto, el que va a morir. La asociación entre ese fin y el pecado de los padres es evidente en la mirada de Don Ramón que va de la esposa adúltera a la niña quemada.

Porque Don Juan era un hijo pecador, un padre volvía de la muerte para darle castigo, pero si los padres pecan son los hijos los que persiguen con la figura del convidado de piedra. En el final de *Sin rumbo* Andrés lee en el rostro de su hija las señales del mal que se la quitará: "Un líquido hediondo y viscoso, una bocanada de flemas sanguinolientas chorreó al fin de la boca de Andrea en una arcada" (p.201).

El niño fetiche, atril ideológico, marioneta del pedagogo, mira y juzga.

Si en *Música sentimental* el narrador preveía la mirada de tasación moral que tendría sobre Pablo su futuro hijo, Andrea pone en acto la náusea existencial que va desde Des Esseintes a su padre en un vómito de difteria. No hay mucho lugar para interpretaciones: asco filial por la sangre podrida y enrostrada al genitor de la mancha. "Boca hedionda", "tomeada como la boca de una llaga", "llagas vivas", "ojos como placas", "turbias, opacas, placas de pus" escribe Cambaceres. Evocaciones de una vagina infectada que la prostituta de la calle del Temple recubre con una solución de permanganato, la de la inmigrante que aloja el esperma de la inmigración, espejo invertido de esa "boca artificial"

(p.203): la herida de la traqueotomía realizada en el cuerpo de Andrea de la que, mediante los oficios del médico, mana un chorro de sangre pura como la del sueño argentino de regeneración. En ese sentido la muerte de los niños en la literatura del ochenta anuncia el alumbramiento fallido de un ser nacional, hijo prodigioso de un colectivo médico-literario-político donde no se reconoce la diferencia sexual. Este texto de Cambaceres es explícito: "Ella sin atinar siquiera a defenderse acaso obedeciendo a la voz misteriosa del instinto, subyugada a pesar suyo por el ciego ascendiente de la carne, en el contacto de ese otro cuerpo de hombre como una masa inerte se entregaba" (p.159).

Las mujeres reales no forman parte de la pareja alienista-loco a reformar —otra figura del entre-nos viril. Mientras el manicomio de hombres se edifica a nuevo y a tono con los aires renovadores y es regido por un patriarca médico, el de mujeres ocupa antiguas instalaciones y es tutelado por monjas, haciéndole evocar a José Ingenieros una casa de recogimiento. Es una metáfora del pasado español, encorsetado por la Iglesia Católica y repudiado en nombre de la ciencia. Allí la luz, fetiche del positivismo argentino es literal. En su carta a las Damas de la Sociedad de Beneficiencia, el doctor Esteves, demuestra cómo para él la luz eléctrica puede suplir tanto a las cremas de belleza como a la cirugía mayor, a la morfina como al chaleco de fuerza. Nada como un buen baño de luz de arco voltaico para estimular la circulación, reanimar el apetito, curar la artritis, matar los microbios de la tuberculosis, pigmentar la piel y por su acción y la descomposición y recomposición de los glóbulos rojos de la sangre, el consecutivo aumento de la asimilación y la desasimilación en el hombre. Nada más moderno y eficaz que los baños eléctricos, contrariamente a los baños turcos y romanos donde el paciente se ve obligado a aspirar las exudaciones malolientes de sus compañeros de cámara, mientras sus poros se taponan por el exceso de agua y su mente se embota pudiendo llegar a reventar si se encuentra aquejado de congestión pulmonar. La balnioterapia se promociona en el catálogo de una batería con propiedades fantásticas de aparatos de corriente galvánica, farádica, galvano-farádica, máquinas estáticas para la Franklinización, corrientes de Morton o estáticas inducidas, corrientes de alta frecuencia o autoconducción y corrientes sinuosoidales y para la cromoterapia cuya descripción seguramente se apresurarían a saltar las Damas de Beneficiencia que se sentirían tentadas de visitar al doctor Esteves menos que al doctor Cabred por temor a que un cortocircuito las partiera por el medio en el patio de la institución.

Una superstición con máscara de ciencia y pasaporte de xenofobia: la

aristocracia tiende a degenerar, la naturaleza —representada ora en el inmigrante de origen campesino, ora en la incontaminada mujer criolla— podría regenerarla. El plan onírico económico falla. Los Dr. Frankenstein del ochenta ven a su criatura sucumbir, hundirse lejos de la luz de la razón y de la tutela estatal, en la "gusanera" de los conventillos. Ese gran niño argentino acunado entre los brazos de la inmigración y el discurso de los psicopatólogos sobre un suelo en trance de degenerar, era inviable. Por eso no hace falta el pecado para que dos niños, Tini y Vicenta, mueran en dos relatos de Wilde sin que se aluda a pecado alguno. Sólo un niño ochentista sobrevive al pecado paterno. En *Pot Pourri* se describe al bebé sentado sobre la mesa, diciendo ajó con los dedos metidos en la boca "a falta de algo más fecundo" (p.80) —escribe Cambaceres invocando al pecho materno— que completaba la tierna y conmovedora escena de familia. Es la alegoría patética del niño perdido, fruto de un ejemplar equilibrio de clases y de cuernos. Hijo del contrato que expulsa, con justicia para los dos cónyuges, la pasión de la esfera doméstica, el obediente producto del débito matrimonial. Con los dedos metidos en la boca "a falta de algo más fecundo" es el precursor del niño moderno y freudiano que sabrá manipular al otro (la madre) con el hilo de un carrete. Porque esos padres no mezclan, en su pañal podría leerse la consigna de Roca: Paz y Administración.

Degeneraciones en forma de pot-pourri y a modo de hipótesis

Un ser nacional concebido como la formación del yo freudiano, que hace preceder el rechazo a la asimilación y el odio al amor y que se enuncia en principio como normalidad a partir de lo psicopatológico desplegará sus efectos mucho más allá de los años en los que comenzó a desplegar sus ficciones. Habrá insistencias, cambios de valor, desplazamientos, sustituciones: psicología y asociaciones, psicoanálisis y escuelas, otras mezclas. El médico imperial alterna su trabajo en los hospitales generales con la práctica psiquiátrica y los estudios laicos. Su complicidad con la política es más difusa aunque en algún momento se acuñe el término "trabajadores de la salud mental" que podría traducirse en trabajadores del orden público. Emma Bovary, de ser Dora y argentina, no se hubiera suicidado. Al precio de entregar sus secretos hubiera encontrado un lugar donde el pecador no cumple penitencia: el diván. La Asociación Psicoanalítica Argentina, fundada en 1942 funciona como un country y admite laicos sobre todo si son mujeres y las mujeres son esposas.

Las familias de los fundadores, los amigos, proveen pacientes de ninguna manera psicóticos, a veces ni siquiera neuróticos sino poseurs y curiosos (a la larga serán neuróticos). Hay un cierto remedo de la división de trabajo en el hogar: los doctores tratan a los adultos, las esposas a los niños aunque otra causa de esto puede ser que la A. P. A. se autoriza en la asociación londinense regida por Melanie Klein. Gran salida para la mujer de clase media y con deseos de transformar su autorreferencia en conocimiento de sí. Dora Bovary —podríamos ponerle un apellido de casada criollo, es decir español por pura autorreferencia, por ejemplo García— podrá pasar del diván al sillón —según la expresión de Jorge Balán— si está casada con un fundador y es adulta antes de 1954. En esa fecha una disposición del gobierno peronista que prohíbe la práctica del psicoanálisis a los que no tengan título de médico, hace necesario que la señora de García consiga un título de auxiliar de psiquiatría, para ejercer bajo tutela de un psiquiatra, o bien para a engrosar la columna de servidores del psicoanálisis: estudiantes, candidatos, analizados. Clandestina o no la psicología prende como una peste. La licenciada releva a la maestra normal en número y responsabilidad. Protegida por el voto de abstinencia sexual en sesión —que los doctores no siempre respetan—, puede atender en casa.

Al paso de las décadas se suma a dispositivos de control familiar y escolar, garantiza la extensión, la publicidad y en gran medida el sostén institucional y número en los momentos clásicos de escisión por las luchas de transmisión y herencia.

Primera hipótesis:

¿Es este lugar dominante —al menos como cantidad— de las mujeres en el Imperio de la Psicología responsable de la veta asistencial de nuestro feminismo, de su ingravidez política?

Insistencias de otro orden: casi cien años más tarde en la Escuela de Mecánica de la Armada, campo de concentración de detenidos desaparecidos, se seguía al pie de la letra los preceptos de los alienistas que aconsejaban para un mejor dominio del recluso que éste permaneciera recostado, del mismo modo la metáfora de la infección seguía siendo fecunda. Las guerrilleras embarazadas eran llevadas durante el parto a la sección Epidemiología del hospital de Campo de Mayo. La alianza médico-militar era necesaria para la administración de la vida durante la tortura y la garantía de un cuerpo narcotizado para garantizar un asesinato sin resistencias. En el relevo del otro excluido, los militares involucrados en el rapto de niños parecían conservar ciertos mitos de referencia del ochenta: si la degeneración puede ser adquirida,

la regeneración también, claro silenciando el espacio simbólico resquebrajado si se es hijo botín de guerra de un rapto. Mientras que la verdad biológica buscada en la sangre por las Abuelas de Plaza de Mayo adquiere valor simbólico.

Esta no es una hipótesis sino un pedido de respuesta: si en el paisaje de este fin de siglo la ciencia tutela tanto a los objetivos de los derechos humanos como a la maternidad tecnológica y la química de regeneración (el dipsómano y el homosexual vuelven a ser objeto del control genético), ¿qué significa hoy buscar en la sangre?

Esta sí es una hipótesis: la represión de las mujeres es tanto más fuerte cuando la identidad viril-nacional se vive como amenazada.

Esta tampoco es una hipótesis sino la glosa con variaciones de una frase perteneciente al libro *La locura en la Argentina* de Hugo Vezzetti. Tiene forma de pregunta: ¿cómo volver a politizar la renovada utopía de la muerte, en este caso de la subversión, y esa latencia acechante, la de una sociedad sin desviados que fácilmente desliza el imaginario de la asistencia hacia el fantasma de la aniquilación del otro?

Notas

¹Detrás de la intención de disfrazar de ficción el libelo político moral todos los libros del ochenta encubren una estética económica. Médicos, policías, calígrafos se anotan junto a los escritores en el derroche de metáforas, el único contra el que no emiten diatribas. Desde este punto de vista sería recomendable leer los informes del comisario Vivas y del comisario Rossi —actuales en las primeras décadas del siglo XX— como verdaderas joyas del género policial.

Bibliografía básica

- Balán, Jorge: *Cuéntame tu vida*, Bs. As.: Sudamericana, 1991.
 Cambaceres, Eugenio: *Obras completas*, Santa Fe: Librería y Editorial Castelví, 1956.
 Lucio V. López: *La gran aldea*, Bs. As.: 1965.
 Malamud, Moisés: *Domingo Cabred*, Ediciones Culturales Argentinas, 1972.
 Moreno, María: *El Pezco Orejudo*, Bs. As.: Planeta, 1994.
 Ramos Mejía, José María: *Los simuladores de talento*, Bs. As.: Tor, 1955.
 Vezzetti, Hugo: *La locura en la Argentina*, Bs. As.: Paidós, 1985.

